



VII

Un dispensario.

No hay vallas ni letreros que señalen los barrios obreros de París, pero se les conoce inmediatamente por el aspecto uniforme de las fachadas y de las ropas. Se extingue el color, y no desaparece el movimiento, pero sí la animación y el destello de alegría, de juventud y de orgullo que ilumina los rostros. En una de estas calles en las que todo se asemeja, abrí una puerta, encima de la cual se leía en letras pequeñas y muy sencillas: «Asistencia Maternal». Halléme en una sala espaciosa, completamente llena de madres que tenían á sus hijos en brazos, en el regazo ó entre sus rodillas; porque muchas de ellas estaban sentadas en bancos ó en sillas. Á todas las reconocí sin haberlas visto jamás; eran las mías, aquellas que visité en provincias ó que venían á visitarme á mí, y de las que me considero hermana, aunque siempre hago por ellas menos de lo que yo quisiera, puesto que siguen padeciendo. Presentaban los mismos rasgos de

prematura vejez; tenían el mismo aspecto de desaseo —¡es tan descuidada la mujer del obrero!— la misma costumbre, evidentemente, de salir despeinadas, la misma manera de mover todo el cuerpo para mecer al niño y para dormirle, el mismo modo de inclinar la cabeza sobre la criatura. Sin embargo, hablaban mejor que las provincianas, y más de prisa, y la sonrisa, cuando no era instintiva, era forzada. Esperaban. Algunas daban el pecho á sus hijitos, otras paseaban y las más charlaban de pie, en grupos de tres ó cuatro.

—¿Y ha encontrado usted casa?

—No. Todos me dicen lo mismo en cuanto saben que tengo cinco hijos.

—Pues, ¿qué dicen?

—Dicen. «¿Tiene usted marido?» Yo no tengo más remedio que responder que no, puesto que ha muerto. «¿Tiene usted algún amante?—Tampoco.—«Pues entonces puede usted marcharse á otra parte: ¿con qué va usted á pagar el alquiler?» Y por más que digo que yo trabajo, no consigo nada, porque saben que eso no basta.

La frase, á pesar de su terrible significado, no pareció chocar á la madre á quien iba dirigida y que volvió la cabeza, diciendo:

—Me parece que me toca á mí.

Quitó en un abrir y cerrar de ojos los imperdibles que sujetaban las mantillas de su niño, le dejó solo con una camisita que apenas tenía tres dedos de largo, y levantándolo y llevando en vilo al chiquillo que estira-

ba sus piernecillas arqueadas y flacuchas, le colocó en el platillo de la balanza en donde pesaban á los niños. Dos eran las personas que seguían con la mirada la aguja del peso, la madre y una muchacha, que ocultaba su traje de calle bajo una blusa de hilo crudo que le llegaba hasta los pies, y que apuntaba el peso en unas hojas de papel en las que todas las semanas escribía una línea. Las madres del barrio han tomado la costumbre de ir cada ocho días á pesar á sus pequeños. Á cada momento entra una nueva. La mayor parte de ellas se van contentas, se adivina su orgullo, un orgullo santo y dulcísimo, en el ademán que hacen para coger al niño y llevárselo.

—¡Ha engordado!—dicen á su alrededor.—¡No le pasa lo que al mío!

Otras, despues de pesarlos, y muchas veces, entran en la sala de consultas. Allí encontré á la amiga á quien iba á visitar, á la mujer que ha consagrado su vida á consolar las desgracias de los pobres y que es para ellos, la ciencia asequible, la bondad y la paz. También es joven y lleva la blusa de enfermera; tiene el don de la organización y sabe estar entre los que sufren, cosa algo más difícil que el vivir con los que se divierten; aquí no es una desconocida para nadie y todo el mundo sabe que basta inspirar compasión para ser admitido.

—Mire usted—me dijo—la madre de ese niño está física; la que lo trae es la hermana de ella. Desde la semana pasada ha perdido mucho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Un médico joven que está sentado junto á una mesa examina al niño y luego firma una receta. Uno, dos, tres, cuatro, seis niños pasan por sus manos mientras yo hablo con la directora del dispensario. El uno tose, el otro tiene fiebre, el de más allá está flaco y lívido como aquellos á los que ya no se permite la entrada en el establecimiento; uno de ellos tiene el vientre hinchado y una expresión sombría, casi bestial, y al interrogar á la madre, nos enteramos de que le han criado en Bretaña hasta los dos años, y de que entonces era robusto y «bebía aguardiente como si fuese agua.» Una mujer, muy vieja, ó que por lo menos lo parece, trae un roro de tres meses, al que está criando. Es su abuela; tuvo un hijo al mismo tiempo que su hija tenía otro, y como perdió al suyo, amamanta á su nieto. Detrás de ella entra una muchacha de veinte años, linda, rubia, amable, que se sienta con mucho arte, haciendo que formen abanico los pliegues de su humilde vestidillo. Tiene unos dientes deslumbradores, que hermocean su pálido rostro. Aparta un pañuelito de muselina que cubre un envoltorio de ropa y dice:

—Aquí traigo á Carlitos.

—Ya le conozco—contesta el doctor.—¿Ha desaparecido la diarrea?

—Casi. Pero esta adelgazando. He hecho que le pesara la señorita que está ahí fuera: desde hace dos semanas está adelgazando.

—¿Sigue usted dándole el pecho?

—Sí, señor.

—¿Cuántas veces?

La boca menuda, espiritual, nerviosa, se entreabrió un poco más y dejó escapar una alegre carcajada.

—¡Es tan tragón!—exclamó la muchacha.

—¿Cuántas veces?

—¡Pues, siempre que lo pide!

—Pero, quiere usted matarle?

—¡Oh!

El médico la explicó entonces la gran imprudencia que estaba cometiendo y yo ví que la juvenil y encantadora sonrisa se borraba poco á poco y se apagaba como se apaga una luz.

Continuó el desfile de enfermos. Entre consulta y consulta, ó en los contados momentos en que la directora se hallaba libre, pude hablar con ella. Me dijo que en el mismo barrio había fundado un dispensario para los tuberculosos y una especie de almacén adonde las mujeres que están embarazadas y las que tienen hijos, van á buscar trabajo para llevarse á sus casas; generalmente se llevan costura y *las que no saben coser*, alambres para retorcer, de los que se usan para atar los corchos á las botellas.

—Pero mis niños son los preferidos y los más mimados—añadió.—Todos los visitan, los quieren y me ayudan á cuidarles. Esto es más fácil que impedir que los padres mueran jóvenes. El dispensario costeó el año pasado la alimentación de más de cien niños del barrio, entre niños y niñas, y prestó asistencia á unos seiscientos. El Ayuntamiento de París nos ayuda también,

—¿Cuanto da?

—Trescientos francos al año.

—¡Pues sale ganando!

Luego, solicitadas ambas por el punto más importante, que no es el modo de equilibrar los gastos y los ingresos, sino la manera de amar á aquellos que tienen tan pocos amigos, salvo en tiempo de elecciones, hablamos de ellos; de los prejuicios que deben sacrificar cuando estrechan nuestras manos; de los odios á los que renuncian—no todos ni siempre;—de su asombro ante los que nada esperan de ellos; del horizonte de miseria que se ensancha á medida que se trata de reducirle; de las horas crueles y de los minutos inolvidables, en los que la felicidad de nuestros prójimos pasa tan cerca de nosotros que podemos saborearla.

—Mire usted—me dijo—un día que estaba yo aquí vino á verme antes de la consulta una de mis amigas del barrio, la mujer de un albañil. Tenía siete hijos. Yo sabía que era muy animosa y muy altiva. Como no me decía nada de sí misma, comprendí que estaba preocupada, y como se acercaba el momento de pagar el alquiler y yo tenía dinero, por casualidad, le ofrecí pagarle aquel mes la casa. No lo esperaba. Se echó á llorar y exclamó: «¡Ah! ¿Qué haré para demostrarle á usted mi agradecimiento?» Tan sincero fué su arranque, que le contesté: «Deme usted un abrazo.» Se cogió de mi cuello y yo sentí más alegría que ella, esa alegría que es obra nuestra, que podemos guardar en nuestro corazón con nuestras penas y que no por ello muere.



VIII

El señor Josuah.

Como me ocupé de los pobres, he tenido ocasión de conocer muchos artistas, ó por lo menos, muchas personas que se tenían por tales. Casi todos eran hombres. Las mujeres no toman este título más que cuando son jóvenes y pueden añadir: «lírica» ó «dramática». Y casi no es esto una mentira; con ello sólo engañan á los que quieren dejarse engañar. Los hombres persisten más tiempo en escribir: «artista pintor, escultor, fotógrafo, cincelador, tornero, cómico...», en la pobre tarjeta que ha pasado por las manos de tantos porteros ó de tantas cocineras, que ha subido tantas escaleras, que ha bajado tantas y sólo ha vuelto cada vez con veinte céntimos. La mayor parte de ellos ya no pintan, ni modelan nada, ni cincelan otra cosa que los caminos de Francia al arrastrar por ellos sus zapatos, ni representan más que á medias, para vivir, ante espectadores que no aplauden y escurren bonitamente el bulto. Más caso les harían si no fuesen artistas. Los que pasan muchos trabajos, los labrado-

res y los obreros, desconfían de esos mendigos que parecen propietarios por su grasiento sombrero de copa, su raído levitón y sus restos de presunción, ó por su acento, ó por sus ojos que han visto demasiadas cosas. Ellos lo saben, pero esta apariencia de señorío tal vez les consuela y están encariñados con ella. Por lo demás, entre muchos de esos que se llaman artistas á sí mismos, he conocido dos ó tres que debían de haberlo sido.

Hasta tuve cierta amistad con un tal Josuah Orset. Poseía un nombre admirable y que pronunciaba con emoción: «Josuah, señorita, para servirla»; tenía la nariz digna de un modelo, recta y larga; los ojos medio cerrados, en los que brillaba un resto de fuego y de inteligencia; la barba gris, en forma de cola de golondrina; el pelo largo, rodeando la calva; un chaquetón que había sido negro en sus buenos tiempos; una gran afición á las bromas, que le hacía creer á él mismo que acababa de salir del estudio, y ante todo, como símbolo de su profesión, una caja de colores y un tiento que llevaba á todas partes.

¿Cuáles eran el pasado de aquel hombre, su estado civil, su edad exacta, la razón ó las razones que le habían hecho venir á menos, suponiendo que hubiese tenido alguna posición? Nadie lo supo jamás.

Una tarde de Octubre, después de un chaparrón que le caló hasta los huesos, llamó á la puerta de un convento de Trapenses, situado, como todos los conventos de esta orden, en pleno campo, en una comarca

llena de encinares y de colinas. Salieron á abrirle.

—Quisiera pasar unos días en el convento—dijo.

—¿Cuántos?

—Tres.

Como la hospitalidad de los trapenses ha superado siempre en generosidad y en discreción, hasta la de la misma Escocia, pronto se halló en una habitación desmantelada, pero extraordinariamente limpia, ante un buen fuego que secaba su chaquetón, junto á una mesa sobre la cual había un libro de meditaciones, sin haber tenido que dar ninguna explicación—pocas eran las que podía dar;—contento al sentir calor, contento al pensar en la cena, aunque frugal, cuya hora se acercaba, halagado sobre todo por haber sido recibido en la portería por el abad en persona y por el prior, los cuales le habían acogido con mucho respeto y dignidad, como á un personaje, según dispone su regla.

Durante tres días vivió en medio de aquel silencio, leyendo un poco, pensando más, asistiendo á los oficios, paseándose solo por un inmenso jardín cercado y sin tratarse más que con un anciano trapense, de cabeza y cuerpo cuadrados, de voz bronca, que cultivaba las patatas, sembraba el trigo, segaba el heno y le hablaba de la eternidad. Se acostumbró á la conversación y luego al viejo, que era sencillo como un aldeano, y que juzgaba severamente al mundo y con inmensa indulgencia á cada uno de los hombres de quienes hablaba.

Al cuarto día por la mañana bajó con la caja de co-

lores y el tiento en la mano al vasto corredor abovedado y encristalado que corría en el piso bajo, á lo largo del jardín. Hizo que llamasen al prior para darle las gracias y hasta le preguntó, por un rasgo de cortesía propia de un artista, si debía algo por tan generosa hospitalidad.

El prior le respondió que los «señores huéspedes» no tenían obligación de dar nada, pero que si se creían en el deber de hacerlo, podían dar lo que estimasen conveniente.

A Josuah Orset no le pareció esto caro, y después de manifestar su agradecimiento al prior, que se alejó inmediatamente después de haberle saludado, se le ocurrió una idea. Tal vez se le hubiese ocurrido antes, es cierto, pero en aquel momento le pareció más digna de atención. Acercóse al cartelón, que estaba colgado á la derecha de la puerta de entrada, y se puso á estudiar—entonces ya sabía lo que era aquello—el «reglamento de la casa.»

Pasó una media hora en gran recogimiento. Nadie le importunó. En las inmensas galerías blancas no había ni siquiera una mariposa azotando los cristales con sus alas.

«Artículo primero.—Los señores huéspedes se levantan á las cinco y se dirigen á la iglesia tan pronto como pueden.»

—Desde que soy viejo no me cuesta trabajo madrugar—pensó Josuah.—Hay una armonía singular entre la vejez y la aurora. Este artículo no me disgusta.

«Art. 2.º—Todos los días asisten á la misa de la comunidad, á las vísperas y á la *Salve*. En invierno se acuestan á las ocho y en verano á las nueve.»

—He aquí un régimen al que no estaba acostumbrado antes de mi venida y que tal vez pueda modificarse. Seguramente podré estar de *medio retiro* como se está á media paga. Por otra parte, el canto de la *Salve* me hizo experimentar una fuerte emoción artística. De buena gana la oiría todas las noches. Esos hermanos con hábitos oscuros á un lado de la nave; esos padres con ropajes blancos al otro lado; esas cabezas enérgicas que se adivinan á través de la obscuridad; esas voces graves que resuenan en el silencio de afuera...

«Art. 3.º—Los señores huéspedes deben evitar siempre el encontrarse con los religiosos y los legos, y alejarse de los lugares en que éstos tienen que trabajar. Como los religiosos están obligados á perpetuo y riguroso silencio, no pueden contestar á los que les dirijan la palabra.»

—¡Soberbio artículo! ¡Qué satisfacción no volver á oír hablar á los hombres, y tener la seguridad de que no nos preguntarán nada! He aquí un propósito que yo he formado más de una vez y que siempre he creído irrealizable... Simpatías que se disimulan; antipatías que no se manifiestan; desconfianzas que no pueden traducirse en palabras ó en gestos... Esto sólo lo he encontrado aquí.

«Art. 4.º—Los señores huéspedes que traigan con-

sigo sus caballos, no deben tratar con el superior más que lo concerniente á su propio gasto. Por lo que hace al de los caballos, se entenderán con el lego encargado de las caballerizas.»

—Esto no reza conmigo—dijo Josuah.—Pero, en general, me agradan las condiciones.

Salió en seguida y atravesó el enarenado jardín, porque al volverse, acababa de ver la canosa cabeza del superior entre dos macizos de perales.

—Señor prior—le dijo—se me ha ocurrido una idea que considero muy buena. Quisiera quedarme aquí.

—¿En calidad de qué?

—Como pintor.

—Tenemos dos legos que se dan bastante maña para extender el minio y desleir el ocre. Con esto nos basta.

—Dispense usted, pero yo soy pintor de historia.

El anciano religioso, que no apreciaba bien la diferencia, respondió sin saber lo que decía:

—No nos hace falta.

—Pero ustedes tienen una iglesia.

El prior no respondió, deseoso de economizar palabras.

—Las paredes de la iglesia están tan desnudas como las de los graneros. Yo me propongo decorar el coro.

Haré una composición magna, como nosotros decimos. Ustedes me mantendrán y yo les daré mi trabajo. Estaremos en paz. ¿Acepta usted?

El anciano consideró á aquel vagabundo, é induda-

blemente pensó que también él debía de haber sufrido mucho antes de encontrar un refugio.

—Ya veremos—contestó sencillamente.

Josuah consiguió que le dieran permiso para quedarse. Tuvo su alcoba, su cubierto de estaño y en el lavadero un rincón transformado en estudio para hacer el boceto. Los alrededores le gustaban extraordinariamente. Los últimos días de otoño le invitaban á la meditación. Complaciase en asistir á aquella silenciosa recolección; en ver las carretas llenas de sacos de patatas ó de panochas, ó de trébol seco, volver al convento al paso de los bueyes. Los boyeros con el sayal blanco ú oscuro, pensaban al cruzarse con él por el camino: «El señor Josuah viene en busca de inspiración.»

Pero, debía de estar bien escondida á juzgar por tanto paseo como daba para encontrarla.

Por fin acudió. El pintor trazó con carboncillo en un papel inmenso unas cuantas siluetas agrupadas, unos redondeles que representaban otras tantas nubes, una barra que figuraba la tierra y cinco rayos alrededor de una nuez que debía ser una estrella. El título de la obra, era: «El cortejo de los Reyes Magos.» Josuah, después de desechar otros varios, se decidió á tratar este asunto que permitía sacar á escena tres reyes—siempre había deseado pintar uno—tres grupos de personajes tras ellos, y una colección zoológica completa. Verdad es que aquí y acullá se veían piernas ó patas demasiado largas, brazos excesivamente cortos y cuellos inver-

símiles; pero, ¿no tiene muchas veces estos caprichos la naturaleza?

Los jueces del boceto no hicieron objeciones, y el artista comprendió que aquel invierno podía contar con la cama, con la comida, con fuego para calentarse y con la compañía de aquellos monjes silenciosos á quienes comenzaba á amar.

Necesitó toda la primavera para dibujar las figuras del natural. Por un favor especial consiguió Josuah que le sirvieran de modelo varios frailes, uno sobre todo, que estaba encargado del corral, y al cual se veía avanzar tres veces al día hasta el centro del inmenso patio en que estaban las cuadras, detenerse y dar vueltas al manubrio de una especie de carraca que llevaba colgada á la cintura y á cuyo chirrido acudían las aves diseminadas por los estercoleros. El verano lo empleó en ejecutar en un lienzo la composición; el otoño en colocar la tela en el coro de la iglesia y en corregirla.

Nunca acababa de corregir. Dos años después, Josuah estaba todavía en la Trapa, unas veces en lo alto de la escalera de mano recogiendo los pliegues de unos cortinajes, añadiendo un angel para disimular un roto del lienzo, alargando la barba de un mago, ó añadiendo pelo á las patas escuálidas de los camellos; pero, con más frecuencia, afuera, en el campo, en donde jamás cesaba, desde el alba al anochecer, el silencioso trabajo de los hombres.

Se había acostumbrado á aquella vida; sentíase ama-

do. ¿Se creía también comprendido? Esto ya es otra cosa. Como jamás hay corazón humano que no sangre por una herida, Josuah sentía una pena en medio de su alegría. Tal vez tuviese jueces: pero no tenía público. Los forasteros, tratantes en caballos ó en bueyes la mayor parte de ellos; porqueros y corredores de heno ó de trigo, visitaban rara vez la capilla. Por las mañanas veíanse algunas blusas azules entre los sayales de estameña remangados hasta las rodillas y salpicados del barro de los caminos; pero pronto desaparecían hacia los establos ó los graneros. En cuanto á los ancianos Padres, de cabellos blancos y rostros bronceados, conmovedoras imágenes de la oración, de la penitencia y de la fortaleza, causaban admiración cuando se arrodillaban en sus reclinatorios, cuando se levantaban y cuando cantaban; pero ¿veían ellos? ¿Veían los tres Reyes Magos, y las tres comitivas, y la orla simbólica del lienzo, en la cual hubiérase dicho que el arca de Noé había derramado su contenido, hasta tal punto abundaban en ella toda clase de animales? Josuah se inclinaba hacia la negativa. En todo caso, no expresaban su opinión, y para Josuah, era lo mismo que si no la hubiesen tenido.

Dos ó tres veces, al encontrarse con uno de ellos en el umbral de la capilla, había tratado de hacerle hablar, y á media voz, respetuosamente y señalando con la mano su obra maestra, decía:

—Por fin he concluído... Tres años de trabajo... Desde hace treinta años no había hecho nada parecido

porque hay temporadas estériles en la vida de los artistas... Pero estoy satisfecho de mi obra... Me parece que puedo estar contento, ¿eh?

El religioso se limitaba á saludar al pasar, inclinándose un poco más que de costumbre.

La vanidad del artista había quedado resentida. Excepto en este punto, Josuah se había enmendado mucho desde su ingreso en la Trapa. Había tenido buenos ejemplos y tiempo para ello. El vagabundo habíase convertido en una especie de cenobita. Cuando desarrollaba sus ideas sobre arte, en las contadas ocasiones en que estaba permitido romper el silencio, casi toda la comunidad le admiraba. Algunos sonreían. Todos le amaban fraternalmente y temían perderle.

—Me parece que el señor Josuah, nuestro artista, está muy mal—dijo un día el prior.

Y era verdad. El huésped de la Trapa era el único que no lo sospechaba.

No sufría; se extinguía poco á poco. Una tarde de primavera, en que el sol, más ardiente que nunca, penetraba á través de las techumbres de las colmenas, y llegaba hasta las abejas, poniéndolas en conmoción, el pintor vió pasar por el coro al lego encargado del colmenar; un labriego hasta hacía poco tiempo, joven, esbelto; que parecía un soldado por su desenvuelto continente, y un monaguillo, por la candorosa expresión de su rostro, lleno de pecas. El lego se alejaba con las manos escondidas bajo el hábito, con la cabeza levantada como los cachorrillos que olfatean desde le-

jos los bosques repletos de caza; aspiraba el viento en donde se percibía el olor de las simientes sembradas por él durante el invierno, y se dirigía hacia aquel bosquecillo de morales circuido de una empalizada en donde las abejas comenzaban á rebullir en las colmenas.

—¿Hermano Juan?

El lego siguió su camino y pasó de largo.

—Hermano Juan, por caridad, venga usted conmigo á ver los Magos! A esta hora precisamente es cuando, penetrando á través de las vidrieras, los baña el sol como en las llanuras de Judea.

Esta es la hora en que yo los he visto y en que nadie los ve.

El hermano Juan vaciló, dió media vuelta y siguió al artista, que andaba trabajosamente á pesar de su alegría y que se frotaba las manos, satisfecho por haber encontrado público, y levantaba también la cabeza hacia su cuadro, invisible aún.

Cuando llegaron á la entrada del coro, el lego á la izquierda, el artista á la derecha, añadió:

—Hermano Juan, mire usted esas tres cabezas, ¡qué majestad en la de Baltasar, qué bondad en la de Gaspar, qué inquietud en la de Melchor! Y los tres séquitos, ¿no están en consonancia con el estado de alma de los monarcas? ¿Qué le parece á usted?

No obtuvo contestación:

—Tenga usted presente que he tardado dos años, dos años largos en pintar este lienzo. No me arre-

piento. Puedo asegurar que esto es lo mejor que he hecho en mi vida, y casi podría decir que lo único. Pero lo he hecho para unos hombres que se han condenado voluntariamente al mutismo, que me han encargado el trabajo, que me han acogido, ó mejor dicho, recogido, que han colmado de atenciones á un pobre diablo que no pedía más que pan y un rincón donde dormir, pero que no me han juzgado. Y por ello sufro mucho, hermano Juan. Usted, que está libre de preocupaciones y de prejuicios, usted que no sabe lo que es el impresionismo, ni el simbolismo, dígame lo que siente al mirar mis Magos.

El lego no debía experimentar gran emoción artística. Sólo miraba con atención los colorines ó las caras que le parecían conocidas. Y sus manos levantadas, su cabeza inclinada y su expresión de desconsuelo, daban á entender que lamentaba disgustar al señor Josuah, pero que no podía decir nada, nada absolutamente de lo poco que pensaba.

La persecución del elogio es la más ingrata de todas.

—Hermano Juan—continuó el artista—no se trata solamente de mi arte, sino de la paz de mi alma. Siguiendo el ejemplo de ustedes, he meditado mucho; y en esta soledad he sentido crecer mi ambición. Respóndame usted porque quiero saber si alcanzaré el premio que he creído merecer. Fíjese usted bien. Lo que nosotros llamamos arte, es una parte de nuestras almas que infundimos en nuestras obras á fuerza de amor. Estos pensamientos, encadenados á la materia,

permanecen allí vibrantes y visibles, y los que los perciben nos admiran en ellos. Pero yo creo que, el día en que muramos, estos pensamientos se escaparán del mármol, ó del lienzo, ó de la plancha de cobre, y clamarán ante Dios... ¿Me escucha usted con atención, hermano Juan?

Oyó un débil sí.

—Clamarán ante Dios: Aquí estoy; soy un pensamiento de aquel pobre hombre á quien llamaban el pintor Josuah; vivo en el cuadro que él pintó; soy la aureola, el color, la línea, la expresión de sus Magos; he embellecido los momentos que hubiese podido emplear en cosas inútiles ó perjudiciales para él ó para sus prójimos. Perdónale por mí, Señor, por sus obras...

El lego, dirigiendo una mirada vaga al lienzo, dijo por fin:

—¡Qué pensamiento tan piadoso!

¿Hablaba de la pintura? Josuah lo creyó así y se puso muy contento. Y nadie le desengañó nunca, porque, apenas hubo pronunciado estas tres palabras arrancadas por la piedad, el hermano Juan salió apresuradamente.

Josuah murió en la Trapa. Su tumba se ve entre las de los legos, y sus Magos no han sido aún tapados por una capa de estuco.

Jamás he visto limosna más discretamente dada, ni que se haya prolongado hasta más allá del sepulcro.